

privadas. Quien cree, por lo tanto las verdades fundamentales de la fe cree implícitamente en toda la fe, como quien no tiene fe entera y sana de las mismas sin duda perecerá eternamente, como dice San Atanasio: *Quam fidem nisi quisque integram, inviolatamque servaverit, absque dubio in æternum peribit.*» Ha sido, por consiguiente, una e igual la fe en todos los tiempos de la Iglesia. Lo mismo que creyeron los primeros cristianos creemos nosotros ahora; si alguna diferencia hay es en cuanto al modo de creer algunas verdades determinadas. Ellos las creyeron implícitamente y nosotros las creemos con fe explícita. El credo es el mismo. El símbolo no ha variado; el que deje de creer verdad alguna del mismo *absque dubio in æternum peribit.*

¿Pero cuales son las verdades fundamentales que contiene el símbolo? Bien las conocéis; están contenidas en el Credo, «Figuran en primer término las verdaderas referentes a las tres personas de la Santísima Trinidad; esto es, al Padre y las obras de la creación; al Hijo y las obras de la redención; al Espíritu Santo y las obras de nuestra santificación. En el segundo orden están colocadas las verdades referentes a la Iglesia y nos dan noticia de las notas o caracteres que distinguen la verdadera Iglesia de Jesucristo de toda secta o falsa religión, diciéndonos que la verdadera Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Por último, acaba el Símbolo enseñándonos cuatro verdades capitales que nos hacen conocer los inestimables fines que nos resultan de ser miembros de la Iglesia y estar incorporados a ella, y son la comunicación recíproca de nuestras buenas obras, la remisión de nuestros pecados, la resurrección de nuestros cuerpos y la vida perdurable.» (Del P. Planas)

Que éstas son las verdades fundamentales de la fe las que deben ser conocidas por los cristianos se deduce de la misma historia del Símbolo. Habían recibido los apóstoles la misión divina de predicar el Evangelio a todas las gentes; *euntes prædicate evangelium omni creaturæ*; id y predicad el evangelio por todas partes, y habiéndolo dado a conocer ya a los judíos que no lo aceptaron, como no aceptaron a Jesús por el verdadero Mesías prometido por Dios, reuniéronse los apóstoles antes de repartirse por el mundo como misioneros de la buena nueva que había de reformar la faz del mundo, renovando sus leyes, sus instituciones, dándoles el espíritu de caridad y justicia de que carecían; infiltrando en las relaciones sociales la prudente y respetuosa igualdad; imponiendo la santa libertad de los hijos de Dios y suavizando las costumbres privadas y públicas, compusieron de común acuerdo el Credo o Símbolo de la fe para que en su predicación hubiera la más perfecta uniformidad posible, no solo en las doctrinas y sentimientos, sino hasta en las palabras y expresiones; para que los pueblos convertidos, aun que separados entre sí por la diferencia de climas y distancia de lugares en punto de creencia no tuviesen más que un solo lenguaje, así como no debían tener sino una sola fe, para facilitar al común de los fieles que no pueden dedicarse al estudio, el conocimiento de las verdades más necesarias con una fórmula breve, clara y proporcionada al talento de cada uno.» (Del P. Planas).

De modo que en las verdades que nos enseña el Credo está contenida toda la revelación. Y, apesar de tanta brevedad ¿hay muchos que se-